TUCAN 8+

El enigma de la habitación cerrada

LUISA VILLAR LIEBANA

SUPERCHARLI DETECTIVE Y SU ROBOT

edebé

El enigma de la habitación cerrada

SUPERCHARLI DETECTIVE Y SU ROBOT

Luisa Villar Liébana

El enigma de la habitación cerrada

Ilustraciones: Álvaro Núñez

SUPERCHARLI DETECTIVE Y SU ROBOT

edebé

© Luisa Villar Liébana, 2014

© Ed. Cast.: edebé, 2014
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de literatura infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de las cubiertas: César Farrés
Ilustraciones: Álvaro Núñez

1.ª edición, septiembre 2014

ISBN 978-84-683-0931-6
Depósito Legal: B. 15735-2014
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. Una extraña llamada 7
2. Segunda llamada 37
3. Tercera llamada 61
4. En la habitación 87
5. Un plan perfecto 107
6. Los pies grandes 139

1
Una extraña llamada

Cuando el teléfono sonó, Charli se encontraba solo, pasando una tarde tranquila en su habitación. Pero hasta en las tardes más tranquilas podían surgir los casos más misteriosos y enigmáticos, los más extraordinarios.

Este sería uno de ellos.

Como la llamada era al teléfono fijo, Charli salió al comedor para atenderla. Al llevar el auricular al oído, una voz desconocida dijo:

—¿Eres Charli, el chico del robot? Necesito ayuda.

La voz, femenina y suave, sugería que podía tratarse de una chica joven, cuyo acento latino se identificaba fácilmente. Y parecía muy preocupada.

Estaba tan sorprendido que no supo qué responder.

—¿Quién eres? ¿Qué te ocurre? —exclamó, después de un silencio, sin superar la sorpresa todavía.

—Me llamo Gladis Pérez —respondió la voz—. No tengo a nadie a quien recurrir, y la puerta no abre. ¡Ayúdame, por favor! Calle del Suspiro, número 4. En la zona de los dúplex. ¿Me ayudarás? Por favor, Charli. ¡Por favor! ¡Por favor!

Las últimas palabras sonaron angustiosas. Luego, un clic al colgarse el teléfono, y la voz desapareció de manera tan misteriosa e inesperada como había aparecido.

Charli estaba sorprendido. Se preguntó quién sería Gladis Pérez y qué clase de ayuda necesitaría. Algo relacionado con una puerta.

Por un momento pensó que la llamada era para su padre, cuya profesión de detective anunciaba una placa dorada colocada en el buzón de casa. Pero la chica había dicho «Charli», y había mencionado el robot.

Si había dicho Charli y había hecho alusión al robot, no cabía duda de que la llamada era para él. Desde el caso del falsificador, él y Robi se habían hecho muy populares en el barrio.

«La puerta no abre» había sido el mensaje que Gladis le había transmitido. Si una puerta no abría, ¿no debería llamar a los bomberos o al cerrajero? En fin. Fuese

lo que fuese, se tratara de lo que se tratara, la chica parecía estar en un apuro.

Decidió ir con Robi a ver qué pasaba. Para un asunto de puertas no existía una opción mejor. Robi estaba programado para abrir puertas, al menos las suyas. Si alguna vez, por accidente u otra razón, Charli se quedaba encerrado en su habitación o en cualquier espacio de la casa, el robot lo resolvería.

Abrió el armario y lo sacó.

—Bue-nos-dí-as. Bue-nas-tar-des. Bue-nas-no-ches —saludó este al ser conectado.

Las fases del día no las controlaba del todo. No era perfecto. Charli, a quien no se podía definir precisamente como un *manitas*, se encargaba de él, y no era extraño que, tras alguna supervisión, le

quedara algún cable suelto o algún chip sin ajustar del todo, y a veces fallaba.

A pesar de todo, se trataba de un robot muy inteligente, que conocía la voz de su dueño y estaba programado para cumplir órdenes. Podía hacer muchas cosas, la que más, razonar. Gracias a un superchip de última generación razonaba e interpretaba situaciones.

De su abdomen salía un cuello acabado en la cabeza, con dos ojos con párpados, y antenas cortas como un flequillo arremolinado. En eso no se parecía a Charli, que se peinaba hacia delante, desde la nuca hacia la frente, y el flequillo le llegaba hasta casi la mitad.

Charli tenía el pelo castaño, vestía pantalones de cuadros con tirantes, por encima del tobillo, y camisa de manga corta

en verano, a menudo con los picos fuera del pantalón.

Solía parecer que la ropa le quedaba demasiado ancha, y tenía un sombrero, que utilizaba cuando investigaba. La sensación de llevar algo en la cabeza lo ayudaba a pensar y a concentrarse, o eso creía.

Robi era azul, estaba hecho de una aleación de metal duro y, debajo del punto que hacía de nariz, aparecía una línea que se abría cuando hablaba y se suponía que era la boca. Dos piernas largas acabadas en planchas, calzadas con zapatos rojos brillantes, lo sostenían sobre el suelo y le permitían caminar. Y disponía de una supercámara, para grabar imágenes, con la que Charli solía practicar.

—¿Quieres salir a la calle conmigo? —le preguntó.

—A-fir-ma-ti-vo —respondió Robi—. Sa-lir-a-la-ca-lle. A-la-or-den-je-fe. Me-es-ta-ba-que-dan-do-o-xi-da-do-en-el-ar-ma-rio.

Charli se puso el sombrero y salieron rumbo a la zona de dúplex del barrio, desde donde se suponía que lo había llamado Gladis.

La llamada de la chica le había dejado la sensación de que algo extraño estaba ocurriendo, la sensación de estar a punto de meter la nariz en uno de esos casos que requerían mucha concentración. ¿Se encontraba Gladis en peligro?

La zona de los dúplex no quedaba lejos, y la calle del Suspiro no tenía pérdida. Era corta, la parte de atrás daba a un callejón, y todo el mundo la conocía porque la entrada principal de las viviendas daba

al parque. Llamó al número 4, y Gladis abrió.

—¡Gracias a Dios que has venido! —exclamó al verlo.

Era una joven latinoamericana de pelo negro y piel terrosa, con una trenza hasta la mitad de la espalda. Hacía unos meses que había llegado de su país a la ciudad para trabajar y estudiar, y aquella casa había sido su primer destino. Cuidaba de la señora Felicidad, una señora mayor que vivía sola, y estudiaba informática. La chica tendría unos diecisiete años, y se mostraba algo nerviosa.

—¿Eres Gladis? —le preguntó Charli.

—¡Gracias a Dios que has venido! —repitió ella—. No sabía qué hacer.

Conocía a Charli por el periódico del barrio. Cuando él y el robot intervinieron

en el caso de los billetes falsificados, *El Crónica*, un diario que repartían gratis en el metro, había sacado una foto suya, y mencionaba a su padre como detective privado. Gladis tenía un ejemplar, y dar con el número de teléfono fijo de su casa resultó de lo más sencillo. Era un número público, ya que sus padres lo incorporaban en los anuncios de trabajo.

La chica era una inmigrante esperando papeles. Para no tener que darle explicaciones a nadie, pensó que lo mejor sería pedirle ayuda a Charli, y así lo hizo. Se trataba de abrir una puerta, en efecto, y no conocía a nadie.

—Bue-nos-dí-as. Bue-nas-tar-des. Bue-nas-no-ches —saludó Robi—. Encantado de la vida, señorita. Digo, en-can-ta-do-ra-se-ño-ri-ta-en-can-ta-do-de-co-no-cer-la.

—Anda, mira —sonrió Gladis.

El robot le hizo tanta gracia que, a pesar de la preocupación, le dedicó una sonrisa. Y como Robi había extendido su mano, ella hizo lo mismo y la chocaron a modo de saludo.

—¿Siempre vais juntos?

Charli no iba siempre con Robi, solo en los casos de emergencia.

—No siempre —respondió—. Mencionaste que una puerta no abría. ¿Qué puerta es?

—La puerta de la habitación de la señora Felicidad —le informó Gladis—. Lo raro es que ella está dentro, la llamo y no responde. Llevo un rato así.

Subieron a la segunda planta del dúplex, y Charli golpeó la puerta de la señora Felicidad.

—¡Señora Felicidad! ¡Señora Felicidad!

Nadie respondió.

—¿Lo ves? —exclamó Gladis.

Estaba muy preocupada. La señora Felicidad solía echarse un sueñecito antes de tomarse su infusión de manzanilla, pero hacía mucho rato que se la había servido y ya debería estar despierta.

—¿Estás segura de que se encuentra dentro de la habitación? —le preguntó Charli.

—La señora Felicidad va en silla de ruedas y nunca sale del dormitorio si no es conmigo —le explicó la chica—. Siempre está sentada en su sillón. A veces camina sola por la habitación apoyada en el bastón, pero necesita ayuda para incorporarse. Y, como digo, la dejé sentada.

Miró a Charli:

—¿Le habrá ocurrido algo? A las tres golpeó el suelo varias veces con el bastón pidiéndome la manzanilla. La cocina está debajo del dormitorio y oigo los golpes perfectamente. Le subí una bandeja con la infusión y cuatro galletas de chocolate.

—¿Y estaba bien?

—Sí. Si puede llamarse «bien» a como ella está. Es una mujer mayor que se mueve poco y habla poco, y tiene cataratas. Está muy mal de la vista, por eso necesita que alguien la cuide. Así la encontré. Le dejé la manzanilla y cuatro galletas sobre la mesa, y me fui a clase de informática. Tengo clase los martes y viernes; hoy es martes.

—¿Al salir de la habitación cerraste la puerta con llave? —preguntó Charli examinando la cerradura.

—No. La única llave que existe la guarda ella en un llavero en su bolsillo. Hace poco que la señora Felicidad mandó hacer una cerradura para la habitación, y no quiso ninguna copia. Como tiene un oído muy fino, le cierro la puerta para que no le molesten los ruidos que se producen al limpiar la casa o al recoger la cocina, pero nunca con llave. Hoy no se ha presentado a clase el profesor de informática y he regresado antes. Y, cuando he subido para decirle que ya estaba aquí, la puerta no se abría. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque está cerrada con llave —le informó Charli examinando la cerradura.

—Permiso para actuar, jefe —le pidió Robi.

Charli miró a Gladis pidiéndole el permiso a ella.

—Si quieres, el robot puede abrirla.

—Sí. ¡Que la abra! ¡Que abra la puerta, por favor! —exclamó la chica.

Pero Robi no lograba articular los movimientos.

—Un momento —Charli hizo un gesto con la mano.

Robi contaba con una cavidad bajo el brazo, en la que guardaba un pequeño artilugio con forma de manzana, compuesta por pequeños hexágonos de colores. Era una especie de libro digital de instrucciones. La cavidad se abría simplemente acercándole una mano. Charli lo hizo, sacó el libro de instrucciones, y pulsó el hexágono color naranja que correspondía a la cámara de vídeo. No había pensado grabar nada, pero a veces la manzana digitial interfería en los circuitos de chips

impidiendo los movimientos de Robi y se veía obligado a sacarla. Y ya que estaba fuera, ¿por qué no ponerla en marcha? A veces grababa vídeos para practicar, que después supervisaba y borraba.

Colocó el hexágono entre los pelillos metálicos del flequillo de Robi. ¡Ya estaba! El robot funcionaba de nuevo perfectamente.

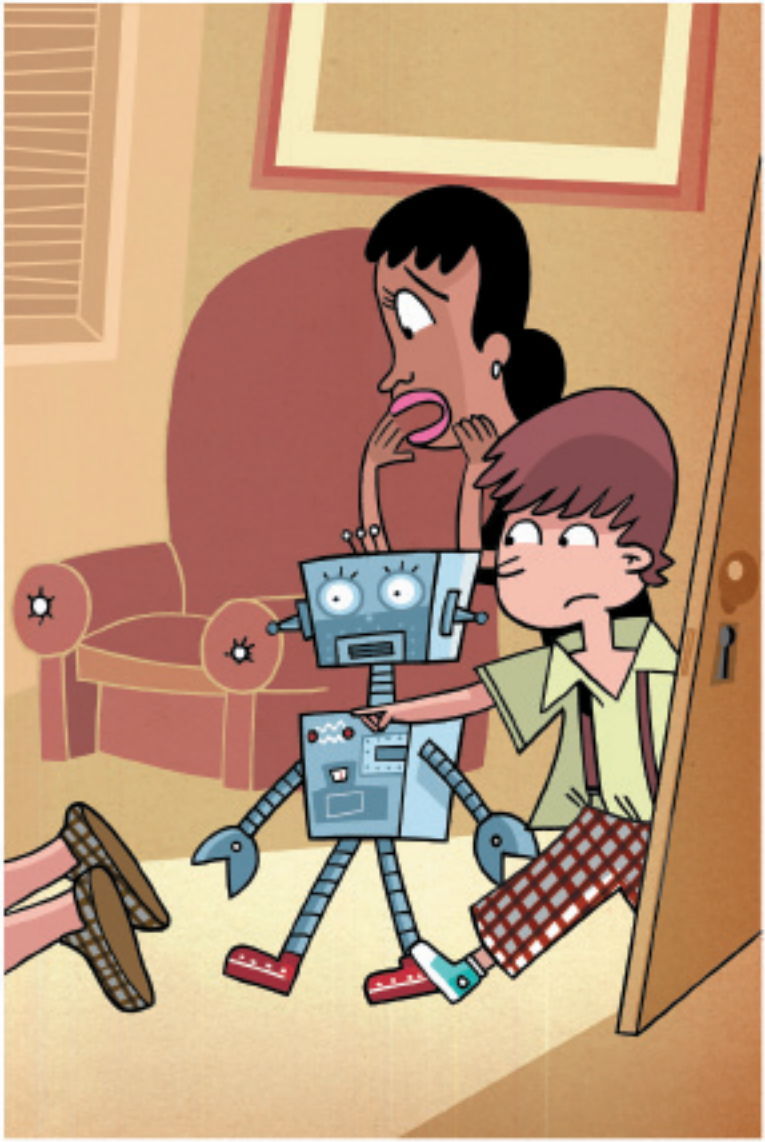
—Abre la puerta —le ordenó.

Robi empujó la puerta y, ¡catacrás!, quedó abierta con la bisagra medio desvencijada.

—¡Ajá! Un método muy delicado —exclamó Charli—. Bueno. Bravo de todas formas. Al menos la has abierto.

Gladis ya estaba dentro de la habitación, y gritaba:

—¡Señora Felicidad! ¡Señora Felicidad! ¡Por favor! ¡Abra los ojos!



Una mujer gruesa vestida de negro yacía bocabajo en el suelo sin conocimiento, y Gladis intentaba reanimarla. También Charli lo intentó. Entre todos lograron incorporarla y sentarla en el sillón, y descubrieron un golpe en su frente.

—Parece que se lo haya hecho al caer —opinó Gladis.

Tenía un buen chichón con un cardenal incluido, que a cada momento que pasaba se iba tornando más oscuro. La chica le aplicó una toalla con agua fría, y la mujer empezó a reaccionar, dando señales de que todavía estaba en este mundo y no en el otro.

Charli buscó en el bolsillo de su vestido, y encontró el llavero con la llave de la puerta, como Gladis le había informado.

—La llave está aquí —anunció.

La probó en la cerradura y, efectivamente, era la llave de la puerta.

—¡Anda! —exclamó la chica de pronto—. Solo quedan dos galletas y la manzanilla está intacta. ¡Qué raro! La señora Felicidad tiene mal la dentadura, no puede morder las galletas sin mojarlas en la infusión y no parece haberla probado. Ni siquiera le ha retirado el plato de encima.

Charli observó el vaso de manzanilla en la bandeja colmado de líquido hasta arriba, y dos galletas envueltas en un papel de colorines.

—Es verdad —corroboró.

El vaso estaba lleno de una especie de agua amarilla con la bolsa de manzanilla dentro, y mantenía un pequeño plato encima, el que se suele colocar para que la infusión no se enfríe.

La chica buscó el papel del envoltorio de las dos galletas de chocolate, supuestamente comidas por la señora Felicidad, ya que le había dejado cuatro, para tirarlos a la basura. Y como si se sintiera en el deber de justificarlo, dijo:

—La señora Felicidad es muy estricta con la limpieza. No le gusta ver papeles ni ninguna clase de suciedad en el suelo. Todas las mañanas me hace limpiar el polvo y pasar el aspirador en la habitación.

Los buscó alrededor del sillón, pero no los encontró. Al levantar la vista del suelo, se dio cuenta de algo, y exclamó:

—¡Anda! Dejé la ventana con una rendija abierta y está cerrada. Y la persiana está echada. Yo nunca la echo.

—¿En serio? —exclamó Charli sin acabar de comprender la importancia del asunto.

—En serio —respondió la chica—. Como el callejón es tranquilo, sin ruidos, la señora Felicidad prefiere que se quede una rendija abierta. Con la puerta cerrada, aunque sin llave, y la ventana también, se ahoga. Por eso dejo la rendija y nunca bajo la persiana.

La persiana estaba echada, desde luego. Charli se acercó a la ventana para comprobar si también estaba cerrada y, en efecto, lo estaba.

—La habrá cerrado ella misma —sugirió.

—Eso es imposible —replicó Gladis consternada—. La ventana y la puerta nunca quedan cerradas al mismo tiempo. Ya te he dicho que la señora Felicidad se ahoga. Es mayor y tiene sus manías. Yo creo que le da claustrofobia. No le gusta

que la habitación quede totalmente cerrada y, como es verano, dejo la rendija. Además, ella no puede levantarse del sillón sin ayuda, siempre me llama. ¿Cómo podría haberlo hecho entonces ella sola? Más bien parece que ha intentado levantarse y se ha caído. Es extraño.

En algo tenía razón Gladis, pensó Charli. Habían encontrado a la señora Felicidad bocabajo en el suelo, dando la espalda al sillón, como si se hubiera caído al intentar levantarse y no al regresar a él.

La señora, que continuaba medio dormida con la cabeza echada a un lado del sillón, emitió un gruñido.

—Tengo el número de urgencias, llamaré para que un médico la examine. Es lo adecuado. ¿No te parece, Charli? —preguntó Gladis.

A Charli se lo parecía. Y, como su presencia allí ya no era necesaria, decidió que había llegado el momento de regresar a casa con Robi.

La chica bajó a la planta de abajo para llamar al médico desde el teléfono del vestíbulo, y de paso, acompañarlos hasta la salida. Al abandonar la habitación, Charli echó una última mirada alrededor. La señora Felicidad aún permanecía con los ojos cerrados y su respiración se había vuelto agitada.

Reparó en las dos galletas sobre la bandeja, y sintió una especie de desasosiego.

No sabía por qué, pero aquellas dos galletas, es decir, las dos que faltaban, de las que la chica no había encontrado el envoltorio, se le antojaban de pronto un detalle importante. Porque una de dos:

o Gladis mentía y no le había servido a la señora Felicidad cuatro galletas; o no mentía y decía la verdad, en cuyo caso ¿dónde estaban las dos galletas que faltaban o los papeles del envoltorio?

—Gracias por todo —se despidió la chica—. No sé qué habría hecho si no llegas a venir.

Durante el trayecto, de vuelta a casa, Charli se preguntó qué habría ocurrido en la habitación de la señora Felicidad.

Habían desaparecido dos galletas. La ventana que según Gladis había dejado con una rendija abierta, la habían encontrado cerrada con la persiana echada. Y la puerta de la habitación, que nunca se cerraba con llave, lo estaba.

Más el golpe que se había dado la señora al caer al suelo. Gladis tenía razón,

todo aquello era bastante raro. Lo suficiente como para dejarlo pensativo.

Cuando llegó a casa entró con Robi en su habitación, y anotó lo sucedido. Abrió su libreta de detective y escribió:

Enigma:

1. El martes Gladis le sirve la manzanilla a la señora Felicidad a las tres de la tarde, con cuatro galletas de chocolate envueltas en papeles de colores. Cierra la puerta sin llave y deja una rendija abierta en la ventana. Y se va a clase de informática.

2. A las cuatro regresa y encuentra la puerta de la habitación cerrada con llave. Sin embargo, la única que existe está dentro de la habitación, en el bolsillo del vestido de la señora Felicidad.

Por otro lado, la señora no ha podido cerrar la puerta porque ella no puede levantarse sola del sillón, necesita ayuda.

3. A las cuatro y media, el robot abre la puerta y encontramos a la señora Felicidad en el suelo.

4. Si la señora Felicidad no había cerrado la puerta con llave, ni había cerrado la ventana, ni se había comido las galletas, todo lo cual a Gladis le parecía imposible, ¿quién lo había hecho?

Cerró la libreta, y dijo:

—¿No te parece extraño todo esto, Robi?

—A-fir-ma-ti-vo, je-fe —respondió Robi—. Ex-tra-ño-muy-extra-ño. Con-

fu-sión. Yo-mis-mo-es-toy-bas-tan-te-con-fun-di-do, je-fe.

Salvo que Gladis mintiera, algo que Charli no creía. ¿Por qué iba a mentir y meterse en líos llamándolo para pedirle ayuda una inmigrante, a quien le faltaban los papeles de residencia y podían expulsar del país?

No. Gladis no mentía. Parecía una buena chica.

Entonces… ¿quién había cerrado la puerta con llave y la rendija de la ventana? ¿Y qué había ocurrido con las dos galletas? Porque si Gladis decía la verdad, como Charli creía, de las cuatro galletas de chocolate habían desaparecido dos y alguien se las había llevado o comido. ¿Quién?

A Charli no se le ocurría ninguna respuesta, salvo que se tratara de un fantasma.

Un fantasma podría haber entrado traspasando las paredes, podría haber cogido la llave del bolsillo de la señora Felicidad, haber cerrado la puerta por dentro, y haber metido de nuevo la llave en el bolsillo del vestido. Luego podría haber cerrado la ventana. Y, finalmente, podría haber desaparecido traspasando de nuevo las paredes, llevándose las dos galletas que faltaban.

¿Y por qué iba un fantasma a actuar así?, se preguntó Charli. Un fantasma no necesitaría hacer todo eso para zamparse un par de galletas.

Por un momento, imaginó al fantasma dentro de la habitación y a la señora Felicidad abriendo los ojos después de haberse echado su sueñecito. La pobre mujer se habría llevado un susto de muerte. Sí.

A lo mejor se llevó un susto de muerte de verdad al ver al fantasma, intentó levantarse, y se cayó al suelo.

Desechó la idea. Eso de un fantasma zampagalletas no resultaba demasiado convincente. Además: ¿con qué objeto iba a dejar la puerta con la llave echada?

Algo había ocurrido en la habitación de la señora Felicidad, de eso no cabía duda. ¿Qué había ocurrido? Humm. El asunto estaba confuso.